NOTAS

LA CUESTIÓN DE LA CORRUPCIÓN: UNA HISTORIA MUY ANTIGUA PARA APRENDER A PENSAR HOY*

*Dominique de Courcelles***

Es necesario recordar ante todo la distinción habitual entre ética y moral: la primera es la disciplina filosófica que se ocupa de la fundamentación de las costumbres y de los comportamientos de las personas y de los grupos, refiriéndolos a valores, normas o procedimientos de justificación. La moral tiene que ver con las propias costumbres y con las religiones, con los sistemas de reglas que existen en virtud de la presión social y religiosa, considerada por quienes la ejercen como justificada

por medio de un valor fundamental o superior con el que se identifican; cada persona tiene una buena razón para someterse a este conjunto de reglas.

También es necesario recordar que la ética filosófica de Aristóteles se concentra en la mediación entre ‘logos’ –razón, y también palabra– y ‘ethos’ –comportamiento–, es decir, entre la subjetividad del saber y la sustancialidad del ser. El saber de la ética culmina en la aplicación concreta, es decir política, que es la que determina, a la luz del saber, lo viable aquí y ahora. El saber ético no es a distancia. Por eso lo que es justo está determinado a partir de la situación que demanda justicia. Lo que es valorado como justo sólo obtiene

* Este texto fue objeto de una conferencia presentada en el Departamento Académico de Estudios Generales del ITAM el 19 de octubre de 2005. Traducción del francés de Silvia Pasternac.

** Centre National de la Recherche Scientifique.

su determinación en la realidad concreta del caso. Por eso el contenido de la ética aristotélica no consiste en conceptos modélicos ni en tablas de valores. Desde este punto de vista, la vida de los negocios, la práctica de los negocios que se va adquiriendo dentro de un contexto histórico-político, permite por excelencia desarrollar el pensamiento ético, una teoría humana de lo humano, y un obrar moral, que no acabe convirtiéndose nunca en inhumana presunción.

Reflexionar sobre la cuestión de la corrupción implica admitir ante todo la importancia del ser humano como ser político y, por lo tanto, todas las ambigüedades inherentes al actuar moral. A los economistas y financieros les toca tratar del provecho económico y financiero de la lucha contra la corrupción, que en verdad es muy real, muy grande. Así, la ONG Transparency International, dedicada a la lucha contra la corrupción, se dedica a poner en evidencia, con la publicación anual de un Índice de Percepciones de la Corrupción (IPC), que “la corrupción sabotea el crecimiento económico y el desarrollo duradero que podrían liberar a millones de personas de la trampa de la pobreza”.¹ Lo importante

parece ser contribuir a la edificación de un poder crítico que otorgue la capacidad de observar de manera más profunda y creativa la realidad del mundo en la línea de la *Declaración de Compostela*, adoptada en febrero de 2004 por 165 representantes de las Universidades de 17 países iberoamericanos. Esta crítica es entonces esencialmente positiva, y nos suscribimos totalmente a la afirmación de José Antonio Ibáñez-Martín, profesor de la Universidad Complutense de Madrid: “No faltan quienes creen que criticar significa limitarse a ver lo negativo, cuando lo que se pretende es investigar el verdadero valor de los argumentos, sabiendo recordar que el principio de la sabiduría está en la admiración y no en el espíritu que todo lo niega, como diría Goethe.”²

1. Salir de la isla para ver la isla, y contar

El escritor portugués José Saramago en su *Cuento de la isla desconocida* realiza una fábula descarnada sobre el hombre moderno. Sometido a la arbitrariedad, el poder y el despre-

¹ Comunicado de prensa, Transparency International, Londres/Berlín, 18 de octubre de 2005, p. 1.

² Remito aquí al artículo de José Antonio Ibáñez-Martín, “La Universidad y su compromiso con la educación moral”, *Estudios*, n° 75, invierno, 2005, p. 117-38.

cio, el protagonista sabe que para encontrar su propia identidad, su vida debe transcurrir entre la realidad y el sueño, que es también la fábula misma: “Que es necesario salir de la isla para ver la isla, que no nos vemos si no nos salimos de nosotros.”³ ¡Ahora vamos a salir de la isla para verla, y nosotros mismos vamos a ver nuestros comportamientos en el mundo de hoy, gracias al análisis ético!

Nuestro tiempo ha consagrado el valor indiscutible de la democracia, el valor del liberalismo político y económico sobre cualquier utopía social. Lo que importa ante todo es la libre circulación de la mercancía en todo el planeta. Pero el mercado rechaza demasiado a menudo cualquier consideración moral, cultural, religiosa, tradicional, ambientalista, etc., que pudiera significar una traba para él. Los hombres a menudo deben plegarse a la ley de la circulación de la mercancía y desembarazarse de todas las consideraciones simbólicas y culturales que pueden garantizar la corrección y la justicia de los intercambios. Tenemos un buen ejemplo de esta des-simbolización con los nuevos billetes bancarios establecidos en euros. Antes, los billetes ostentaban las efigies de Pascal, Pasteur, Descartes o Delacroix. Hoy,

en los euros ya no hay más que puentes, puertas o ventanas, que exaltan el paso, la fluidez, la circulación. En México, hay billetes que todavía llevan las efigies de Nezahuacoyotl o de Sor Juana Inés de la Cruz.

La libre circulación de la mercancía no debe hacernos creer que se trata de un intenso período de liberación. No somos libres cuando creemos que la ganancia máxima es el único principio, que el goce debe ser inmediato y puede prescindir del deseo. La identidad personal no depende del consumo, sino precisamente del discernimiento, del deseo, de la gratuidad. Los psiquiatras y los psicoanalistas han mostrado que la desregulación de esa facultad de juzgar, del discernimiento, provoca numerosos síntomas, como la depresión, las diversas adicciones, trastornos narcisistas, perversiones, etc. El mercado tiende con demasiada frecuencia a apropiarse de todo en su beneficio; en particular, se apropia de la moral, y disfraza sus propios intereses bajo el nombre de moral. Por ejemplo, queda claro que la lucha del bien contra el mal puede ocultar un proceso de acaparamiento de las riquezas del prójimo y la búsqueda de una supremacía que es a fin de cuentas un totalitarismo. Por eso es urgente, en todos los países del mundo, construir juntos una reflexión sobre los valores, sobre el

³ 2005, México, Punto de Lectura, p. 47.

sentido de la vida en sociedad y sobre el bien común de los individuos y de los grupos; hay una necesidad de vigilancia.

El juicio ético evidentemente no es fácil. La apuesta es la siguiente: conviene que cada uno conserve, a pesar de las presiones del mercado, su capacidad de juzgar y de discernir, es decir, el libre arbitrio humano que los humanistas del Renacimiento europeo recomendaban tan apasionadamente. “Salir de la isla para ver la isla, salir de nosotros para vernos”, embarcarnos en la propia carabela, en eso consiste ejercer la capacidad de pensamiento propio. Es una actitud correcta en tiempos difíciles. Estos esfuerzos estarán guiados por la esperanza de preservar un mínimo de humanidad en un mundo que corre el riesgo de volverse inhabitable por el hombre.

La libre circulación de la mercancía en el mundo determina luchas sin merced, a menudo trágicas, incessantes, para conquistar al mercado. Los medios utilizados para esta conquista son de una violencia extrema y atentan contra la dignidad y la integridad de los protagonistas. La corrupción, que consiste en hacer presión sobre alguien para obtener un bien a cambio de otro bien, constituye uno de los principales problemas de la globalización y del desarrollo duradero. ¿Pero cómo

relatar la corrupción? ¿Cuándo y cómo hay corrupción? ¿Cuáles son sus significaciones filosóficas y antropológicas? ¿Qué se juega en la lucha contra la corrupción para los hombres y para las sociedades? Éstas son preguntas que los hombres y las mujeres llamados a ‘manejar’ el mundo deben aprender a plantear con justeza y justicia. Justamente porque el mundo en general no es ético, hay que darles a las personas una formación ética; es necesario reflexionar sobre el tipo de mundo que deseamos: “hemos de promover una educación que desde la infancia ejercita al hombre en la virtud y le inspira el vivo deseo de llegar a ser un ciudadano perfecto, que sepa gobernar y ser gobernado de acuerdo con la recta justicia”.⁴

De manera enteramente novedosa, en razón del doble proceso de la democratización de los países y de la globalización, los actores políticos y financieros se ponen de acuerdo para reconocer que es conveniente luchar contra la plaga de la corrupción en las transacciones comerciales internacionales a fin de tener un dominio de la globalización financiera. Nadie discute los efectos nefastos de la corrupción sobre la economía mundial, ni el hecho de que ésta a veces prepara el terreno para el crimen

⁴ Pl., Lg., 643 e-644 a.

organizado. Es interesante observar que en el año 1993, a partir de una serie de casos escandalosos, se crea en Francia el Service Central de Prévention de la Corruption [Servicio Central de Prevención de la Corrupción], servicio interministerial vinculado con el guardasellos, el ministro de Justicia y la ONG mencionada, Transparency International, con su antena, Transparence International France. Y conocemos las recientes y abundantes convenciones y reglamentaciones internacionales contra la corrupción. Tenemos hoy la convicción de que la corrupción es también y sobre todo una cuestión de toma de conciencia colectiva. Las industrias se revelan sensibles a la percepción que de ellas tiene la sociedad civil y le temen a la crisis mediática, a los riesgos societarios. Es necesario ayudar a las empresas a cruzar el umbral, es decir, a pasar del conocimiento al reconocimiento de ese movimiento irreversible que es el desarrollo duradero, en el cual la lucha contra la corrupción es un objetivo fundamental. Así, el conjunto de la sociedad humana resulta estar implicada por la lucha contra la corrupción.

Conviene aquí subrayar que toda reflexión tanto sobre la corrupción como sobre el fraude toma en cuenta, al mismo tiempo, las nociones de beneficio, de eficacia, pero también

las nociones de integridad, de dignidad del individuo y de los grupos. La reflexión sobre la corrupción es inseparable de una reflexión sobre la confianza, que funda las relaciones entre los individuos y los grupos, que es indispensable para cualquier actividad humana. El beneficio y la eficacia que todos buscamos tienen que estar vinculados a la confianza y al respeto, al consenso mutuo.

La filósofa Hannah Arendt nos enseña en su libro titulado *Hombres en tiempos de oscuridad* que “la historia conoció muchos períodos de tiempos de oscuridad en los que el ámbito público quedó ensombrecido y el mundo se tornó tan dudoso que la gente dejó de pedir a la política otra cosa que no fuera demostrar la debida consideración por sus intereses vitales y la libertad personal”. Dice también que “aquellos que vivieron en tales épocas y fueron formados por ellas, tal vez siempre se sintieron inclinados a despreciar el mundo y el ámbito público, a ignorarlos en la mayor medida posible, a pasarlos por alto, como si el mundo no fuera más que una fachada detrás de la cual la gente pudiera esconderse para poder llegar a la mutua comprensión con sus semejantes sin tener en cuenta a ese mundo que se halla entre ellos”.⁵

⁵ 1992, Barcelona, Gedisa, trad. Claudia Ferrari, p. 22.

Y eso implica recusar la solidaridad con el desdichado y el miserable.

Salir de la isla para ver la isla equivale a tomar distancia, transportarse a otro espacio, al mismo tiempo espacial y temporal. Equivale a estar atento a los relatos que provienen de otro espacio, es poder contar uno mismo su historia. Así la poesía, el mito, la historia tienen que ver con la economía y la política. En la materialización del libro, la narración acaba adquiriendo su permanencia y persistencia. Arendt afirma: “Ninguna filosofía, análisis o aforismo, por profundo que sea, puede compararse en intensidad y riqueza de significado con una historia bien narrada.”⁶ Para conservar nuestro discernimiento y nuestra libertad propia en un mundo consagrado a la libre circulación de la mercancía, para trabajar en establecer para las futuras generaciones un mundo habitable, sin renunciar por ello a las ganancias y a la eficacia necesarias en el mundo, necesitamos en la actualidad volver a leer los grandes relatos de la historia de la humanidad. Todos esos relatos nos enseñan que nunca hay una verdad única, sino que la verdad es viviente y movidiza. Con esto expresamos toda la dificultad y la ambigüedad de la ética. Hoy es raro encontrar personas que se

crean dueñas de una verdad; sin embargo, nos vemos confrontados constantemente con personas que están seguras de tener razón; unas y otras no están dispuestas a sacrificar su punto de vista. El relato no resuelve ningún problema ni alivia ningún sufrimiento ni opresión, sino que hace pensar, y esto es primordial en ‘los tiempos de oscuridad’.

2. En el comienzo de la historia de la humanidad: la corrupción como mentira, deslealtad, destrucción

El fenómeno de la corrupción no es nuevo, e incluso es muy antiguo y ha preocupado desde hace mucho tiempo a los moralistas. Sin duda aparece al mismo tiempo que la historia humana. La Biblia, que estuvo en los fundamentos de las meditaciones filosóficas, políticas y religiosas de gran parte de la humanidad, informa que la historia humana comienza con una historia de corrupción. En el *Génesis*, el diablo hace brillar un bien ante Eva y luego ante Adán, un bien y un beneficio que les ha sido prohibido por el Creador; para el diablo, y para aquellos a quienes está engañando se trata de poner en jaque a la potencia mayor, Dios. El corruptor, el diablo, es un mentiroso. La corrupción aparece vinculada con la mentira. La lealtad a Dios significa que uno

⁶ *Op. cit.*, p. 32.

no sea tentado ni corrompido por el diablo. Engañados por él, Adán y Eva, que muerden el fruto, no confían en Dios; son desleales. Infieles a la ley divina—no escrita—y a su compromiso de criaturas con respecto a su Creador, al escuchar la palabra de la serpiente, se dejan corromper. Su palabra es entonces desleal, puesto que su respuesta intenta engañar a Dios que los interroga. Adán y Eva han perdido entonces su dignidad de seres humanos, vivientes, leales. Juzgados culpables, son castigados con la muerte, consagrados a la muerte. Los corruptos son castigados. No tiene sentido disertar sobre la culpabilidad del corruptor, el diablo, que es también el mal. Ya desde este primer relato, encontramos la inscripción en la historia humana del valor, bien o mal.

Si, como lo muestra la Biblia, la corrupción es dar algo material o inmaterial a alguien para llevarlo a sus propias miras, para obtener a cambio un bien, entonces queda claro que el origen de esa práctica se pierde en la noche de los tiempos. Los hombres corruptos ya no cesarán, después de la historia del *Génesis*, y en todas las religiones del mundo, de ofrecer regalos a su Dios para obtener a cambio protección, riquezas y, con frecuencia, también la desdicha y la pérdida del prójimo.

En una tumba egipcia del año 2500 antes de Cristo aproximadamente, se encontró una inscripción que se ha llamado ‘la canción del desesperado’; es una especie de testamento que dice: “Este mundo es un lugar terrible, los militares son violentos, los jueces son prevaricadores, los comerciantes engañan con el peso, las mujeres traicionan a sus maridos, los hombres han perdido el sentido del deber, las cosas no pueden seguir así; este mundo se acaba.”⁷ Así, la sensación de que el mundo no cumple nuestras expectativas y está totalmente corrompido es tan antigua como la propia reflexión moral.

Potencia de muerte según el relato bíblico, la corrupción es entonces *destrucción*. La filosofía griega opone la *phthora*, en latín *corruptio*, en alemán *Vergehen*, a la *genesis* (generación, producción): es el acontecimiento por el cual una cosa cesa de ser tal que se la pueda designar con el mismo nombre. La corrupción es entonces, en el sentido primario del término, alteración, descomposición, podredumbre. Adán y Eva, corruptos, regresarán al polvo de donde salieron. La corrupción, como atentado contra la integridad de alguien o de un bien, puede también ser la violencia

⁷ Citado por G. Lanczkowski, *Altägyptischer prophetismus*, 1960, Wiesbaden, O. Harrassowitz, p. 55.

homicida, el fraude, el robo, descrito por el testamento egipcio.

Es también alteración del juicio, del gusto, del lenguaje. Implica la pérdida de las referencias, la pérdida de la confianza, el desarreglo, la deslealtad. Adán y Eva, corrompidos, intentan ocultarse de Dios. Para Aristóteles, en la *Ética a Nicomaco* (VII, 3), la palabra del mentiroso es por excelencia un hecho de corrupción, de destrucción. Ya no hay relaciones posibles entre los hombres, puesto que se puede concluir alternativamente lo verdadero o lo falso. La mentira es una estrategia enunciativa. ¿Cómo saber que la palabra es mentira? ¿Qué es la verdad? ¿Cómo confiar en un mundo desleal?

Lo importante aquí, apoyándonos en el relato bíblico, es reconocer el mal en la naturaleza misma del hecho de corrupción, ese atentado contra la integridad y la dignidad del individuo o de la comunidad, y no sólo contentarnos con evocar las malas consecuencias: alteración o supresión de las relaciones entre los hombres, exclusión, perversión de los mercados, etc.

A principios del siglo XX, el filósofo austriaco Alfred Schnitzler escribe, en *La transparence impossible* [*La transparencia imposible*], “Las personas que se dejan engañar por la mentira son más peligrosas que quienes mienten; y quienes se dejan

corromper son más miserables que los corruptores. [...] Los débiles buscan –y en modo alguno de manera inconsciente– a aquellos de quienes esperan mentira y corrupción.”⁸

3. Las ambigüedades de la inteligencia práctica

A partir del relato bíblico se deben examinar los diferentes conceptos que están ligados a la corrupción: por ejemplo, la lealtad y la deslealtad, la verdad y la mentira, la astucia, el beneficio, y también el costo de la corrupción.

El romanticismo y las filosofías de la historia dieron la espalda a la razón abstracta de la Filosofía de las Luces, para venerar las tradiciones, las costumbres, las identidades colectivas. El sentido universal inherente a la ética, como una idea común de humanidad, parece contradecir todo eso. A dicha idea pertenecen valores y derechos como la libertad y la igualdad, la justicia y la paz, la dignidad y la educación, que son históricamente reconocidos y conquistados. Pero... la ética nace precisamente del conflicto entre lo universal y lo particular, entre lo establecido por la ley o la costumbre, y el individuo que se siente maltratado o hecho de

⁸ 1990, Paris, Rivages, p. 16.

lado por tales leyes y costumbres. Hoy la verdad se ha subjetivado, subjetivación acompañada por una definición nueva de la responsabilidad y de la implicación de la persona en el mundo.

La lealtad

En las instituciones contemporáneas, lealtad significa, cada vez más, lealtad recíproca. En particular, entre empleadores y empleados. La lealtad consiste en colocar los intereses de la empresa por encima de los intereses en competencia. El contrato se presenta como una de las fuentes del deber de lealtad. La lealtad, que implica una historia compartida, es también una manera de afirmar su identidad. Todo yo es trabado de esta manera. ¿Pero es acaso posible el yo sin traba, sin vínculo? Remito aquí a las magníficas reflexiones del humanista Giordano Bruno, a finales del siglo XVI, en *Des liens [De vinculis in genere - Sobre los vínculos en general]*. Es el ciego juramento de fidelidad a todo objeto de lealtad lo que transforma a la lealtad en idolatría. Una persona o una entidad concreta se puede convertir en la fuente última del bien y del mal. Por ello es importante fijar límites a la lealtad. ¿Cómo es que la lealtad a los objetivos afirmados de la empresa en competencia

con otras empresas concuerda con la acción de corrupción para preservar o desarrollar esos objetivos? ¿Cómo es que la lealtad a los objetivos afirmados de la empresa en competencia con otras empresas concuerda con la deslealtad de una palabra llevada al exterior de la empresa? Lo que se plantea aquí es, por ejemplo, toda la cuestión de las falsas informaciones, de la desinformación. Es inevitable el conflicto entre lo que podemos llamar ‘lealtades superiores’ y ‘lealtades inferiores’: las primeras presentan un atractivo universal (no matar, no robar, no mentir, respetar la dignidad del otro y no hacer presión sobre él para que mate, robe, mienta, etc.); las segundas están ancladas en nuestras relaciones con los demás (éticas aplicadas: ambiental, de negocios, bioética, etc.). ¿Cómo articular lo universal y lo particular? Tal es el problema ético por excelencia.

La cuestión de la ‘guerra justa’

Fue un teólogo y filósofo aristotélico, Tomás de Aquino, quien en el siglo XIII, en el contexto de la guerra sin merced contra los musulmanes, fijó los principios de la ‘guerra justa’ (*Suma teológica*, IIa IIae, q. 40). Esos principios fueron retomados en el siglo XVI, con ocasión del descubrimiento y la conquista de América.

Será fácil transponer estos principios a la vida de las empresas. “Para que una guerra sea justa, se requieren tres condiciones: 1° la autoridad del príncipe, bajo las órdenes de quien se debe hacer la guerra [...]; 2° una causa justa: se ataca al enemigo en razón de alguna falta [...]; 3° una intención recta: se debe proponer la promoción del bien o evitar el mal.” Los homicidios y las rapiñas, y el ‘derecho del más fuerte’ están prohibidos. También se necesita que la conducción de la guerra, es decir los medios empleados, sean legítimos. Se mide aquí toda la ambigüedad de estos principios, incluso si contribuyen a impedir ciertas derivas.

La subjetivación de la verdad puede implicar la habilidad, la astucia, incluso la trapacería. Así se caracteriza la inteligencia práctica de Ulises o de los dioses griegos, o de los sofistas. La astucia de Alá en el Corán asocia gracia y maquinación, utiliza el mal para hacer el bien, como el Espíritu en la historia, la astucia de la razón hegeliana. Esta capacidad de inventiva en las relaciones entre los medios y el fin es característica de la habilidad artista y de las artes mecánicas. ¿Acaso hay, en caso de ‘guerra justa’, ‘mentiras piadosas’, un ‘derecho de mentir’, un derecho de corromper o de ser corrompido?

Grotius, cuando se interrogaba en el siglo XVII en *Le droit de la*

guerre et de la paix [El derecho de la guerra y de la paz] (París, 1625, traducción francesa en 1724 y 1729) sobre el *jus in bello*, aderezó el derecho de la guerra con limitaciones impuestas por la preocupación por la dignidad humana, y por consideraciones humanitarias: los actos de beligerancia implican condena de las astucias de guerra o del engaño con respecto al enemigo; requieren la necesidad de proteger a los no combatientes y respetar las treguas.

La hegemonía de los príncipes cristianos sobre el conjunto del mundo, considera Tomás de Aquino, provocaría el respeto del *jus gentium* y la sumisión al derecho natural, participación en el hombre de la ley eterna o divina. Se impondría entonces una cultura de tipo mundial, resultante de la dominación de un Estado o de un conjunto de Estados cristianos, lo que desembocaría en una unidad cristiana, la ‘ciudad celeste’ que acabaría por englobar al mundo. Existe ahí la certidumbre de una unidad moral cristiana de la humanidad. Así, dice Rousseau en el *Emilio*: “Encontraréis en todas partes las mismas ideas de justicia y de honestidad, en todas partes las mismas nociones del bien y del mal.”⁹ ¿Pero con qué derecho decimos que el progreso tiene un sentido único?

⁹ Paris, Gallimard, La Pléiade, t. 4, p. 597.

La idea de progreso, como todas las ideas morales, funciona sólo porque es ambigua. El progreso se dice de muchas maneras, y no cualquier forma de progreso puede ser entendida como progreso moral. Los criterios del progreso moral han de ser distintos de los del progreso económico o cultural. El pasado, y en particular la narrativa fundadora, es el punto de apoyo que nos permite rechazar el relativismo radical que hace imposible cualquier juicio de valor. No todo tiene el mismo valor. Existen valores éticos universales, y existen, a su vez, valores culturales que merecen ser conservados porque valen por sí mismos. Tal es la convicción en que se funda la acción de la ONG Transparency International: no hay unas culturas más corrompidas que otras. Una cosa son los valores éticos, y otra los valores simplemente culturales.

La racionalidad de la corrupción

La filósofa Hannah Arendt, en *Du mensonge à la violence* [*De la mentira a la violencia*], nos hace reflexionar sobre la racionalidad de la corrupción. Quien engaña, quien tiene una palabra corruptora, posee la gran ventaja de saber de antemano lo que el público desea escuchar o espera escuchar. Su versión es preparada para el público apegándose muy

particularmente a la credibilidad. Adán y Eva le creen a la serpiente, y esperan, precisamente, poder comer el fruto prohibido por Dios. De hecho, el corruptor es buscado por el corrompido. La corrupción está justificada, en la medida en que se refiere a una realidad contingente, es decir, a una materia que no es portadora de una verdad intrínseca e intangible, a una materia que podría ser otra distinta de la que es. Las realidades de la existencia cotidiana son vulnerables a la corrupción. Así, los dirigentes totalitarios tienen una espantosa confianza en el poder de la corrupción, pero no disponen, según Arendt, del poder de abusar indefinidamente. “Siempre existen hombres capaces de permanecer insensibles al llamado de la zanahoria y a la amenaza del garrote”, anota.¹⁰

...y el costo de la corrupción

Y sin embargo la corrupción cuesta muy cara a los Estados y a los hombres, así como les costó muy cara a Adán y Eva. Por ejemplo, los análisis de *Transparency International* muestran efectivamente que el dinero y el conjunto de los bienes desviados por el fenómeno de corrupción constituyen sumas considerables que se

¹⁰ *Du mensonge à la violence*, 1972, Paris, Agora, p. 13.

podrían emplear en gastos de educación, de salud, de protección social, pero también en inversiones nuevas y rentables, creadoras de riqueza.

El desarrollo duradero constituye entonces una oportunidad dentro del contexto de la globalización.

4. Ley/lealtad y transgresión

Entre razón y autoridad

Platón explica que la humanidad debe constituir las reglas que le permiten y le prescriben ser lo que es (*Lg.*, 875 a). Tomas de Aquino subraya en la *Suma teológica* la importancia de las leyes destinadas a proteger la integridad y la dignidad de los individuos y de las comunidades, y a garantizar la equidad de las relaciones humanas, incluso si “hay en todo humano una inclinación natural a actuar de acuerdo con la razón” (II, I, 94, 3). La ley es entonces la obra de la razón. Según otros pensadores, “es la autoridad, no la verdad, lo que hace la ley” (Hobbes, *Léviathan*, XXVI, después de Jean Duns Scot y Guillaume d’Ockham). Los filósofos de la Ilustración, como Rousseau o Kant, dicen que la libertad no consiste sólo en obedecer a las leyes razonables que nos hemos dado. Kant y Hegel quisieron pensar la ley a partir del poder de autodeterminación de la voluntad racional.

Montesquieu retoma estas dos concepciones en su paradójica definición de la corrupción en *El espíritu de las leyes* (VI, 2): “Hay dos tipos de corrupción: una, cuando el pueblo no observa las leyes; la otra, cuando es corrompido por las leyes.” Llegamos aquí a las nociones contemporáneas de desobediencia civil y del *whistleblowing*.

La primera ley anticorrupción en Francia data del siglo XIV: es la ordenanza para la reforma del reino, promulgada por el rey Felipe el Hermoso. La cuestión de los límites de la obligación se plantea a partir de la Edad Media, con el reconocimiento de un derecho de necesidad que suspende los efectos de la obligación legal. Una vez más, observamos aquí un conflicto de las obligaciones que nos esforzamos por prevenir separando o jerarquizando las obligaciones. Si bien la ley es definida desde el *Código Napoleón* como una ‘regla jurídica y civilmente obligatoria’,¹¹ ninguna ley podría ser planteada, sin embargo, como absoluta. Toda ley puede ser enmendada. Pero siempre necesitamos leyes jurídicas y morales para hacer justicia, para salvaguardar al mundo, para proteger a los hombres. Las convenciones internacionales sobre la corrupción,

¹¹ Demolombe, *Cours de code Napoléon*, 1861, Paris, 3ª ed., p. 2.

y también las que se refieren al ambiente y al desarrollo duradero, más específicamente a la búsqueda de soluciones jurídicas para la práctica del *whistleblowing*, se esfuerzan en responder a esta necesidad.

¿Cuáles son los umbrales de la corrupción? Por ejemplo, ¿se le tiene que imponer una multa a la empresa que instale la luz eléctrica en las calles de muchos pueblos a fin de obtener el mercado de la electricidad en alguna región? ¿Se tiene que multar a la empresa que, para obtener un mercado, da dinero a uno o varios funcionarios de un Estado? ¿Cómo integrar los valores de solidaridad, compasión y simpatía en la ética de las empresas, en la ética de las instituciones de un gobierno?

La *desobediencia civil* se justifica si consideramos que la comprensión de los bienes humanos fundamentales es una comprensión ordinaria, de orden práctico, con carácter prescriptivo, que indica lo que debe ser hecho o buscado, y no una comprensión puramente teórica, que indicara lo que es.

Antígona y Sócrates son ejemplos antiguos del conflicto ético y de la elección de la desobediencia civil. Antígona se niega a obedecer a la ley de Tebas que le prohíbe enterrar a su hermano rebelde, y prefiere obedecer a su propia ley moral: asegurarle a su hermano una estadía entre los muer-

tos. Sócrates se niega a honrar a los dioses corrompidos de Atenas, pues no quiere renunciar a su concepción de la trascendencia. Se considera que tanto una como el otro atentan, por sacrilegio, contra la integridad de la ciudad. Ni la amenaza de muerte ni las promesas de recompensas los pueden hacer cambiar de decisión: son castigados con la muerte.

Puede ser fecundo distinguir entre los deberes y las obligaciones y evaluar el sentimiento moral apropiado, como el arrepentimiento o el remordimiento. La idea tradicional de que ‘el fin no justifica los medios’ se acerca al imperativo kantiano de “siempre tratar a la humanidad como un fin y nunca como un simple medio”. No hay que corromper ni dejarse corromper. Éste es uno de los derechos inviolables del hombre, principio que se encuentra especificado en las normas morales tradicionales que condenan tanto el homicidio como el fraude.

En Francia, a propósito del *whistleblowing*, el *Rapport 2003 [Informe 2003]* del Servicio Central de Prevención de la Corrupción, que depende directamente del Ministro de Justicia, anota: “El proceso de ‘alerta’, el *whistleblowing*, puede responder a la inquietud del respeto de la ley o de la ética profesional, pero puede constituir también el apoyo de la intención oculta de ne-

gociar, de desacreditar, de dañar, de manipular, que puede ser el marco de una operación de inteligencia económica desviada.”¹² La reflexión debe entonces completar necesariamente el ejercicio del derecho. Es conveniente interrogarse siempre sobre la relación entre la razón ética y la racionalidad estratégica de la interacción humana. Lo que hay que hacer es crear posibilidades para un verdadero debate. Contra la corrupción, la ética de la comunicación supone la transparencia. ¿Pero acaso es posible alcanzar la transparencia discursiva en el marco de las estructuras de poder? Es legítimo orientarse hacia la transparencia a partir de ideas reguladoras, pero la transparencia total, tanto dentro del terreno de la comunicación como en el de la comprensión de sí, es imposible.

Lo que sí es seguro, es que no puede existir democracia sin la posibilidad de debate, es decir, sin la posibilidad de una racionalización colectiva de los derechos y de los deberes que permita llegar a un ‘consentimiento’, tal como lo presentó el filósofo Carlos Pereda.¹³

¹² Service Central de Prévention de la Corruption, *Rapport d'activité pour l'année 2003* (dir. Claude Mathon), 2004, Paris, Imprimerie des Journaux Officiels, p. 155.

¹³ “Lógica del consentimiento”, en León Olivé (ed.), *Ética y diversidad cultural*, 2004, México, FCE-UNAM, p. 102-29.

Fernando Savater, en su libro *Las preguntas de la vida*, sostuvo que existen campos de verdad diferentes, es decir, que las verdades deben contextualizarse en el campo en que tienen validez. La reflexión ética permite preguntarse, no permite adquirir verdades sobre los umbrales de la corrupción, a pesar de que sea claro que la corrupción es un mal.

5. La educación de la responsabilidad: la virtud ética

Si la invariante funcional de la filosofía moral es salvar o liberar al hombre, la corrupción constituye efectivamente un riesgo filosófico mayor, pues lleva dentro de sí misma el mal y la destrucción. ‘Es imposible que desaparezca el mal’, decía Sócrates en el *Teeteto*. Es necesario impedir que triunfe el mal.

El punto central de toda reflexión sobre la corrupción es la visión del hombre, nuestra visión del hombre: “salir de la isla para ver la isla, salir de nosotros para vernos”. Pensar la dignidad y la integridad del hombre es el punto de partida necesario de cualquier acción económica, financiera, política. Es conveniente medir bien las implicaciones de la deslealtad, de la mentira, de la violencia, de la astucia, de la desobediencia, com-

prender bien también que nunca hay que dejar de pensar.

El canadiense John Kenneth Galbraith, sociólogo y economista famoso, profesor de Harvard muerto en 2006, afirma que todas las democracias actuales viven en el temor permanente de la influencia de los ignorantes. ¿Qué es esta ignorancia? La ignorancia a la que se refiere Galbraith no es la ignorancia de datos concretos, sino la incapacidad de pensar.

Los grupos o los individuos que atacan a la corrupción se encuentran inmersos en una paradoja: prevención o represión, corto o largo plazo de los cambios de mentalidades, transparencia o secreto. Lo que se necesita recordar, sin duda, es la importancia de los hombres más que de las instituciones y de los Estados en materia de lucha contra la corrupción, al menos al inicio, incluso si las acciones individuales necesariamente llegan a ser relevadas por las instituciones y los Estados. La educación debe formar para dar autonomía a la persona, es decir, para que la persona sea capaz de decidir y de elegir su camino; la lucha contra la corrupción no debe reducirse a un pequeño grupo, sino que la gente debe estar implicada en el plano de su barrio, de su ciudad, de su país entero, y del mundo dentro del contexto de la globalización. Eso nos beneficiará a todos.

La lucha contra la corrupción necesita entonces una educación de la responsabilidad. La época contemporánea valora lo auténtico y la autenticidad como tarea del sujeto. El filósofo Hans Jonas mostró en *Le principe de responsabilité* que la responsabilidad de los seres humanos está guiada por la prudencia de las elecciones y la anticipación de las consecuencias, y por lo tanto, por una nueva relación con el tiempo. El futuro depende de cada ser humano. Contra la corrupción, que ataca a la integridad y a la autenticidad, que es destrucción, cada uno tiene entonces una responsabilidad de vida, de desarrollo duradero, que se extiende a las generaciones futuras. La virtud ética, nos dice Aristóteles, es un 'saber hacer'. Es una receptividad del espíritu humano a la moralidad en las cuestiones prácticas, una capacidad de aprobación o de desaprobación, la posibilidad de una intervención del hombre sobre sus propias acciones, el rechazo radical de la corrupción. El papel de la enseñanza, de la formación de los hombres y de las sociedades es, entonces, fundamental.

La ética que se resiste a la corrupción, a la mentira, a la crueldad bajo todas sus formas, sabe que es imposible concebir y garantizar un bien soberano. Sin cesar debe regenerarse, inventar nuevas posibilidades. Rechaza la ilusión de un progreso

NOTAS

garantizado. El desarrollo duradero constituye un verdadero instrumento analítico que permite plantear los problemas de manera realista. Es portador de cierta representación de la responsabilidad, de la solidaridad

y de la equidad, porque es portador de interrogantes sobre el progreso y la ciencia. Así es como podemos ‘filosofar y hacer negocios’, para retomar la expresión del filósofo Carlos McCadden.¹⁴

¹⁴ Carlos Mc Cadden, “¿Es posible hablar hoy de filosofía? Una invitación a filosofar”, *Estudios*, n° 74, otoño 2005, p. 57.